

## CATALOGAR EL PATRIMONIO ARQUEOLÓGICO. Bases, conceptos y métodos

Arturo Ruiz Rodríguez

*Universidad de Jaén*

Francisca Hornos Mata

*Delegación Provincial de la Consejería de Cultura en Jaén*

Carmen Rísquez Cuenca

*Universidad de Jaén*

Cuando hablamos de catalogar no estamos hablando de enumerar, ni de contar, no se trata de efectuar sólo un recuento. No importa tanto saber *cuánto*, como saber *qué*. ¿Qué es lo que hemos contado hasta ahora y, lo que es más importante, qué es lo que vamos a contar a partir de ahora?.

Ahora, los trabajos de definición de elementos patrimoniales corren un riesgo importante. Sin duda, vivimos una etapa *cuantificadora*, aparentemente aséptica, que pretende, con la aplicación de técnicas sofisticadas de registro, relegar nuestro papel como historiadores que aplican los métodos arqueológicos. Nos corresponde una labor previa inexcusable: la definición de las variables que van a caracterizar los elementos que cuantificaremos, y aún mas, nos corresponde definir cuáles son estos elementos.

En este trabajo, partiendo de la Historia de la Arqueología y del desarrollo actual de la disciplina, planteamos una aproximación a las tareas de catalogación del Patrimonio Arqueológico mediante el análisis de nuevas formas de apropiación, y también unas reflexiones sobre los diversos instrumentos legales de protección vigentes en la actualidad en la Comunidad Autónoma de Andalucía.

### **El origen de la arqueología del objeto: una primera definición del bien arqueológico**

La naturaleza e historia del bien arqueológico como producto social marca el desarrollo

posterior de su tratamiento en la gestión del patrimonio arqueológico. La primera definición (la primera manipulación) se inserta en un momento en que se cuestiona la ideología organicista medieval, de aquí que se constituya en exponente de un fin legitimador que en la vieja ideología no era necesario. Que en los inicios del siglo XVI Konrad Peutinger consiguiera una importante colección de epigrafías y las distribuyera en su patio, del mismo modo que se hacía con los antepasados en la casa romana, es perfectamente lógico por parte de un humanista burgués que deseaba prestigiar sus dudosos orígenes (HIMELMANN, 1981). Pero, sin duda, que en esa misma fecha lo hiciera el Obispo de Jaén buscando los santos mártires Bonoso y Maximiano en Arjona, es todavía mas sintomático, porque aun a pesar del rito sacro seguido en la excavación (RUIZ, MOLINOS, HORNOS, 1986), que les distancia de los otros casos de la época, la Iglesia nunca hasta entonces había tenido necesidad de justificar empíricamente sus dogmas y decisiones. Este recurso había quedado hasta entonces en manos del pensamiento religioso popular, que necesitaba sustentar sus creencias en imágenes vivas de la fe. El bien arqueológico había nacido animado por una nueva forma de pensamiento y asociado a un programa político antifeudal, incluso en el caso de Arjona; pero a la vez que se consolidó su función ideológica legitimadora, el nuevo proyecto cultural lo definió como un bien móvil y de uso privado, es decir como una mercancía.

Niccola Niccoli dio por la gema de Diomedes 5 florines, algunos años después la vendió

al cardenal Scarampi a un precio cuarenta veces superior. Cuando la pieza fue valorada en la colección de Lorenzo de Medicis, su valor fue estimado en 1500 florines. En pleno siglo XX, el Museo Metropolitano de Nueva York ha reproducido ese mismo principio con la sospechosa compra de la crátera de Eufronio. La justificación del hecho sigue un complejo proceso de pensamiento, por el que se segrega la propiedad física, que puede ser privada, y la ideal, que basada en presupuestos ilustrados la hace propiedad de toda la humanidad. De este modo la sensación del Museo de estar haciendo un servicio público hace aparecer las transgresiones como un delito caballeresco y, por lo tanto, como una noble acción (HIMMELMAN, 1981).

El programa de mercantilización de los bienes arqueológicos generó una doble escala de valores, que se han llegado a constituir en el referente de “catalogación” del patrimonio arqueológico: de una parte, la antigüedad del objeto y, de otra, la calidad de su trabajo, que configuran una única escala caracterizada por la originalidad y la autenticidad. Konrad Peutinger, el humanista alemán del XVI, Mr. Hoving, director del Museo Metropolitano de Nueva York en 1967, o el padre de familia entusiasmado por la arqueología que, con un detector, busca monedas los domingos, han avalado un modelo de tratamiento del bien arqueológico básicamente como práctica coleccionista. Un factor que será inmutable mientras no cambien los valores que el patrimonio arqueológico asumió desde el mismo momento que nació a la historia como “arqueología para sí”. En suma, el programa

mercantilizador ha definido el bien arqueológico sobre valores mobiliarios, lo que ha permitido justificar casos como el expolio de Lord Elgin de las métopas, frisos y esculturas de los frontones del Partenon, en total 253 piezas que en un momento de la extracción con sierras gigantes hicieron exclamar al oficial turco que estaba presente en las operaciones “¡Telos!”.

### **El fin de la arqueología del objeto.**

En algunos países europeos a principios del siglo XX se produjo un cambio en el modo de apropiación abstracto del bien arqueológico, es decir, en la definición del carácter de su propiedad que de ser privada pasó a valorarse como pública dentro del marco nacional, con la promulgación de las leyes de patrimonio histórico. El caso se propiciaba en un marco de pensamiento historicista en el que el estado definía en su patrimonio histórico las representaciones de su espíritu nacional. Este hecho cuestionaba aparentemente los valores más asentados del modelo tradicional de la arqueología del objeto, pero la legislación de la apropiación abstracta, que por otra parte no fue general a nivel mundial, no cuestionó entonces los valores mobiliarios dominantes que caracterizaban el modelo tradicional, e incluso para promover una sociedad orgánica y articulada permitió la concentración de los mejores objetos arqueológicos en los grandes museos nacionales, cuando no facilitaba piezas de valor secundario para exponer en museos de ámbito local en cuyo territorio no existían las culturas representadas en los obje-

tos. A este proyecto legitimador de la unidad nacional no se le añadió un cambio conceptual de las formas de apropiación concreta, de los procesos de trabajo, que continuarán durante gran parte del siglo legitimando los valores mobiliarios surgidos del concepto privado y mercantilista de la apropiación abstracta tradicional.

A fines del siglo XIX se configuró el paradigma estratigráfico como el componente metodológico del proceso de apropiación abstracta; sin embargo, el método, que suponía una recuperación del contexto y por lo tanto destruía teóricamente los valores mobiliarios del objeto arqueológico, tardó en adquirir su forma completa bastantes años (Wheeler publicó su método en la década de los años treinta), y cuando se consolidó sólo produjo una contextualización temporal difícilmente protegible a pesar del meritorio interés de algunos arqueólogos por dejar “in situ” las secuencias estratigráficas; por todo ello los objetos arqueológicos salieron reforzados como entes tipológicos portadores de cronologías relativas y continuaron definiendo el carácter descontextualizado de la arqueología del objeto.

En realidad, el paradigma estratigráfico basado en el método Wheeler era incapaz de proponer un proceso de trabajo en el que se unieran las labores de investigación, de protección y uso social, siempre planteadas en el esquema de una matriz unilineal en la que una vez que la disciplina arqueológica había actuado dejaba paso a las otras disciplinas. Este planteamiento partía de un elitismo cultural que si bien se oponía teóricamente a la mercantilización del objeto arqueológico y a su versión vulgar (el coleccionismo), sostenía el modelo tradicional al no tener inconveniente en discurrir por el mundo de las colecciones, si ello le facilitaba el acceso a nuevos tipos datables y al renunciar a difundir sus conocimientos salvo para el caso de las aburridas listas de estratos y objetos en ellos contenidos.

En la década de los setenta la arqueología abría una nueva etapa paradigmática que en el ámbito de la apropiación concreta se expresaba por la crisis del modelo inductivo positivista que había sostenido el paradigma estratigráfico, la recuperación del espacio y con ello de métodos

poco desarrollados o sometidos a la lógica material de la excavación estratigráfica como la prospección y, en última instancia, un nuevo método de excavación que posibilitaba la excavación en el espacio. El paradigma contextual planteaba un cambio de la matriz de funciones, una diversificación de los procesos de apropiación y, en última instancia, un nuevo discurso para explicar la naturaleza y los valores de la materia prima arqueológica.

### Arqueología y saberes

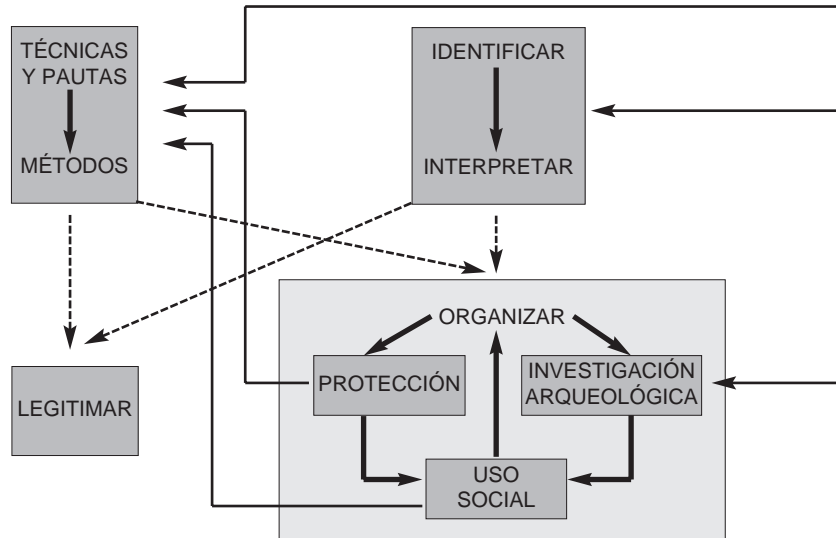
El proceso de trabajo consiste en manipular a partir de una serie de saberes e instrumentos una materia prima, consiste por ello en articular una parte ideal y otra material. Godelier (GODELIER, 1990) ha definido cuatro funciones de la parte ideal de la realidad que pueden ser leídas en el ámbito del proceso de trabajo en el patrimonio arqueológico (Fig. nº1).

En primer lugar el pensamiento debe garantizar la apropiación de un conjunto de realidades, en nuestro caso de los bienes que caracterizan el patrimonio arqueológico.

La segunda función tiene por objeto interpretar lo representado, su naturaleza y origen, es decir caracterizarlos históricamente.

La tercera función debe permitir al pensamiento organizar las relaciones que mantiene la sociedad con el patrimonio arqueológico y la red de acciones intrínsecas a él, de ahí que se deriven reglas de conducta y principios e instrumentos de acción. Aquí se definen el conjunto de fuerzas productivas necesarias para el desarrollo del proceso y el sistema de relaciones de producción que deben determinar las formas de acceso y control (apropiación abstracta), la redistribución de las fuerzas productivas en los procesos de trabajo y su desarrollo (apropiación concreta) y determinar la forma social de circulación.

Por último la cuarta función, más ideológica que las anteriores, hace que las representaciones-interpretaciones legitimen o ilegitimen las relaciones organizadas. En consecuencia existe un programa ideal no ideológico que organiza



APROPIACION ABSTRACTA

APROPIACION CONCRETA

(primera-segunda-tercera función) y un programa ideal ideológico que legitima o no las relaciones sociales generadas por la función organizadora (primera-segunda-cuarta función).

En el proceso de trabajo arqueológico las dos primeras funciones que conducen a la interpretación de los bienes arqueológicos son realizadas en el marco de los saberes de la arqueología y a través de un programa de análisis para el que se han creado métodos y técnicas propias. Esta presencia determinante de la arqueología se define en la investigación, si bien este control no impide la existencia en ella de otras analíticas y técnicas disciplinares sometidas al programa de caracterización arqueológica (estudios geológicos, paleobiológicos, químicos...).

En la función interpretadora es donde establecemos la escala de valores y la jerarquía de éstos, su ausencia o caracterización errónea en este ámbito funcional llevaría a la transferencia de otros valores no arqueológicos para su interpretación.

La organización de las relaciones en el patrimonio arqueológico mismo y de éste con la sociedad, es decir de la función organizadora, se

articulan en las labores de investigación, protección y uso social. En esos ámbitos, la dirección del proceso de trabajo puede corresponder a disciplinas no arqueológicas, pero en ellos se producen dos hechos fundamentales: de una parte, que la caracterización arqueológica fruto de las dos primeras funciones es una constante siempre presente que se muestra determinante, en la medida en que actúa de corrector y marca los límites de las acciones ideales o materiales de la protección y del uso social, por cuanto es la única que transfiere información a las funciones de identificación y de interpretación; en segundo lugar, que las labores de protección y uso social, como también la de investigación, construyen y revisan constantemente sus técnicas materiales, instrumentos ideales y pautas de conducta en el conjunto de medios de producción. Este segundo conjunto de saberes, en el que ni la investigación, ni la protección, ni el uso social dominan, es uno de los valores básicos del sistema porque rompe con la estructura unidireccional de la arqueología del objeto e impide que la investigación ejerza su papel determinante, por el control de la naturaleza de la materia prima, que deriva en el perverso efecto de la investigación pura y elitista.

### **Nuevas formas de apropiación concreta. Primera aproximación a la Catalogación.**

En la matriz de la Arqueología del Objeto la forma de apropiación de la materia prima era única y tenía, como ya se ha señalado, el objetivo de intervenir en un *yacimiento* arqueológico para obtener objetos, que en el mejor de los casos se asociaban en un estrato, dentro de un corte estratigráfico artificialmente fijado en unas medidas ideales de 4 x 4 mts. El objeto-tipo fechado era la unidad mínima de trabajo, de aquí que sólo las labores conducentes al encuentro directo y material con éste gozaran del reconocimiento “científico”.

Los trabajos de catalogación entendidos como simples labores de identificación eran previos y necesarios a la intervención definida en la excavación arqueológica, y en una segunda fase a la conservación y restauración. La consolidación del paradigma contextual supuso en la definición conceptual de la arqueología la definición de diversas escalas de trabajo: macroespacio para el estudio de los territorios, microespacio para el tratamiento de los asentamientos y semimicroespacio cuando se articulaba el asentamiento y su entorno.

Este cambio en la estructura del pensamiento arqueológico ha tenido dos efectos inmediatos: de una parte, la recuperación de la prospección, no como un informante previo a la excavación arqueológica, sino como una técnica capaz de articular toda una metodología de estudio de escalas grandes de territorio, y de otra parte la necesidad de cambiar la unidad mínima de trabajo en arqueología. La consecuencia de este doble efecto ha sido la definición de dos formas de apropiación concreta diferentes pero relacionadas: La Catalogación y la Intervención. Por el tema que se analiza en estas líneas tomaremos la primera de las dos formas de apropiación.

#### *La prospección arqueológica y los inventarios: La catalogación para la identificación*

Definida en la matriz tradicional, aunque subordinada a la forma de apropiación concreta única y reconocida, (la intervención), los méto-

dos de investigación arqueológica en el territorio, con la prospección como técnica básica tienen como finalidad reconocer el tiempo y la funcionalidad de los asentamientos. Su base de información se extrae de la experiencia arqueológica acumulada, “fósiles guía” muebles e inmuebles y de la aplicación de nuevas analíticas procedentes del ámbito de las ciencias tradicionalmente definidas como experimentales (química, geología, edafología, botánica, zoología...). Este tipo de programas no se articula con metodologías que relacionen los diferentes elementos identificados de ahí que su interés sea parcial, por cuanto al menos en la información arqueológica se nutre de los valores de la arqueología del objeto, es decir de las variables de antigüedad y estilo si bien en el nivel de las unidades de trabajo define sólo el objeto inmueble como punto mínimo de partida.

Por todo lo expuesto el inventario (entendido aquí catalogo para identificación) sólo tiene como función la constitución de una tabla de elementos aislados que son la materia prima necesaria para alimentar el desarrollo de la segunda función: la interpretación. Hay que hacer notar que estos elementos no se limitan estrictamente a los materiales arqueológicos sino también a los paisajísticos, y que en ningún caso este tipo de programas constituye una forma de apropiación completa en sí mismo o exclusivamente informativa para la intervención, sino una fase primaria del proceso de trabajo.

#### *Los estudios del territorio y la interpretación: La catalogación para la caracterización*

La articulación de los diferentes inventarios con los métodos de análisis territorial constituye la base de este segundo nivel de la forma de apropiación que tiene además en sus manos la definición de las nuevas unidades de trabajo en arqueología. El primer factor que se hace determinante en este nivel de la apropiación es la naturaleza histórica e inmueble del bien arqueológico, que ya se comenzó a identificar en los inventarios, pero ahora además se pretende introducir el espacio para establecer una valoración histórica integral y relacionada de todos los elementos recogidos, por fases y en el marco de la evolución global del espacio objeto de estudio.

En este nuevo marco de interrelación crono-territorial el asentamiento, y con él caracterizamos una de las unidades básicas de trabajo, ya no será un fragmento de espacio ocupado con restos arqueológicos bien caracterizados, sino la identificación de una comunidad local con todas sus funciones expresadas en el espacio. Una necrópolis ya no será un asentamiento diferente a un poblado: ambos constituirán una unidad a la que se adscribirán no sólo el área central de ocupación, sino también los pequeños núcleos agrarios que de él dependan, los espacios de culto e incluso las áreas de actividad segregadas de los espacios mejor definidos como las fuentes de materias primas o las infraestructuras (espacios cultivados conocidos gracias a referencias catastrales o la existencia de unidades de residencia agraria dispersa, residuos de espacios agrarios de épocas anteriores informados por los análisis paleoambientales, minas, fuentes, caminos, mercados, etc.). En suma una comunidad local con su territorio económico restringido (RUIZ, 1988), es decir controlado y su paisaje simbólico.

La segunda unidad de trabajo se caracteriza en la definición de territorios económicos ampliados, es decir, compartidos por varias comunidades locales, y se representa en su articulación por un poder político (RUIZ, 1988). El modelo puede tener diversas escalas según la complejidad del caso, recuérdense los territorios ocupados por Roma, donde las unidades pueden establecerse a partir de diferentes escalas de división administrativa: Conventus, Provincias o Imperio; en todo caso su definición no cabe hacerla exclusivamente por elementos muebles de su cultura material, como en algún momento se ha pretendido (Cultura del Argar, del Vaso Campaniforme, Ibérica .... etc.), sino en atención a un conjunto de fuentes mucho mas amplio y diversificado.

*La función organizadora de la investigación para los programas de catalogación*

El establecimiento de dos fases en el proceso de investigación, que atienden a la existencia de dos funciones distintas: la identificación y la interpretación no excluyen que la apropiación propiamente dicha sólo se haga efectiva en la

articulación de las tres funciones, es decir, cuando se suma a las señaladas la función organizadora.

El investigador parte en la organización del proceso de trabajo de un conjunto de informaciones (inventarios e interpretaciones históricas de unidades de trabajo), fuerzas productivas e instrumentos de análisis o medios de producción para la investigación que sólo producen nuevos datos, nuevas conclusiones e incluso nuevos instrumentos de trabajo en su relación, es decir, cuando se articulan en el seno de una serie de prácticas que se definen en la función organizadora de la investigación. Esta función es por ello la que anima y enriquece el ciclo de forma constante de tal modo que unas funciones no pueden existir sin las otras y todas están en constante revisión. El ciclo mismo del proceso de trabajo de investigación, así constituido, es tan sólo un subsistema dentro del sistema que se define en esta forma de apropiación concreta, que aúna la investigación con la protección y el uso social.

**Los estudios microsociales y los procesos de tiempo largo: los territorios locales y la estratigrafía del paisaje**

De todo lo expuesto se definen tres unidades de trabajo en la catalogación arqueológica: Espacio arqueológico inventariado, sin valor histórico y funcional y, por lo tanto, sin capacidad de interpretación en sí mismo; Territorio local, que asocia diferentes espacios arqueológicos identificados en el marco de la evolución, las funciones y las relaciones sociales que produce una comunidad local; y Territorio político, que se define por la articulación de una o varias comunidades locales en un espacio definido y controlado por un poder centralizado.

Excluido el primer caso, que por la ausencia de valores históricos y funcionales se ve obligado a definirse por otro tipo de variables, nos interesa hacer algunas consideraciones sobre las otras dos escalas de unidades: los territorios locales y políticos, porque son los únicos que permiten el desarrollo de programas de catalogación para la caracterización.

En los últimos años en el marco de la investigación histórica se han desarrollado una serie de trabajos que han tomado como objetivo la definición de entidades campesinas locales vivas, que se muestran como modelos de otros sistemas económicos diferentes al capitalismo en su sistema de relaciones sociales, aunque necesariamente deben de convivir con él e incluso supeditarse a sus reglas en muchas ocasiones. La estructura de la economía campesina o tradicional se define en el marco de los estudios microsociales y sus formas objetivas de existencia sin pretender ser transhistóricas se han fundamentado durante años en un sistema de redes en las que el dominio del parentesco y la apropiación directa de la tierra han sido características constantes.

Este planteamiento permite construir un cuerpo conceptual capaz de representar estas formas campesinas de vida al margen de las dominantes en el conjunto de la formación socio-política en las que se inscriben, si bien teniendo siempre en cuenta que su inserción en un modelo en el que no son dominantes modula su desarrollo y comprensión, tanto de sus formas de apropiación de la naturaleza como de las relaciones entre los individuos que conforman la unidad social.

La arqueología, en un ritmo de análisis paralelo al de los historiadores y sociólogos del campesinado, con el desarrollo del paradigma contextual, también ha derivado hacia el estudio de microespacios compartidos por un grupo social diferenciable. Además la reciente investigación arqueológica ha puesto en cuestión los esquemas neofuncionalistas del territorio basados exclusivamente en principios económicos como la optimización de recursos o la minimización de la energía invertida, recuperando la complejidad de la relación economía-cultura en el territorio. Godelier ha escrito que hay una parte de la naturaleza transformada por la acción y que no es por ello sólo espacio físico, materia, sino también pensamiento, es decir producto cultural de realidades conscientes o inconscientes, individuales y colectivas, históricas y ahistóricas, en suma historia inscrita en la naturaleza (GODELIER, 1990). Los nuevos modelos han incidido en la necesidad de cambiar los conceptos que

caracterizaban los estudios semi-micro, es decir la estricta relación infraestructural entre el asentamiento y su entorno para definir unidades más complejas en las que se hacen realidad variables racional-intencionales y culturales.

La posibilidad de estudiar comunidades locales y de aplicar una metodología arqueológica a su investigación nos permite definir la unidad de trabajo de los territorios locales en el marco de un largo proceso temporal en el que, aunque los modelos económicos y culturales se hayan transformado considerablemente, sin embargo las rugosidades del paisaje, como escribe Criado (CRIADO, 1994), o la posibilidad de hacer una arqueología regresiva, como lo indica Vallat (VALLAT, 1992), hace posible representar su historia. Quienes practican la Arqueología en el medio urbano saben que los edificios de una ciudad son auténticas estratigrafías emergentes; esta lectura estratigráfica muraria es transferible al territorio bajo el concepto de estratigrafía del paisaje.

La naturaleza en su relación con la sociedad ha generado diferentes partes según el grado de antropización (GODELIER, 1990). Existe una parte infinita de la naturaleza totalmente incontrolada por la sociedad, una segunda transformada indirectamente por los efectos de la acción humana, una tercera transformada directamente y que ya no podrá reproducirse sin la acción humana y una cuarta cercenada para su uso y que en algunos casos deriva hacia una quinta y última parte desechada. Como consecuencia de esta distribución de la naturaleza es posible establecer tres lecturas estratigráficas del territorio que configuran en su interrelación espacial y temporal la estratigrafía del paisaje:

*Estratigrafías del territorio modificado.* Se trata de leer sobre el territorio aquellos efectos que indirectamente han actuado sobre la naturaleza por efecto de la acción humana. Los estudios edafológicos, geológicos y geomorfológicos por una parte, para la evolución del relieve, y los paleoclimáticos, paleobiológicos y los ambientales en general para conocer el estado del ecosistema y su degradación son un instrumento excelente para representar el complejo estratigráfico. Los recientes estudios de Leonardi



sobre el Vicentino en el ámbito alpino-padano (LEONARDI, 1992) o los del Instituto Arqueológico Alemán sobre la línea de costa en la Península Ibérica (SCHUBART, H. Y OTROS, 1989) son dos casos del modelo metodológico que estos análisis deben tomar, si bien han incidido fundamentalmente en el primer nivel de la información y no han terminado de construir una cartografía de la evolución de los ecosistemas naturales, sus formas de degradación y sus residuos.

*Estratigrafías del territorio cultivado.* En esta lectura la estratigrafía a recuperar es, en cierto modo, una estratigrafía de la apropiación abstracta y concreta por la sociedad de la naturaleza. De ahí el interés que tienen los análisis paleobotánicos, zooarqueológicos, los de tecnología agraria y desde luego los catastrales y fiscales, tal y como recientemente ha propuesto J.P. Vallat (VALLAT, 1992). Las cartografías de estos territorios, del mismo modo que las anteriores, deben contemplar la evolución de la propiedad y de las tecnologías empleadas en la apropiación concreta y los residuos transferidos de una época a otra.

*Estratigrafías del territorio construido.* Se pretende aquí recuperar las cartografías arqueológicas tradicionales, si bien no en la perspectiva de un mero inventario, sino a partir de la aplicación de las metodologías de la geografía locacional, asumidas las críticas a su antihistoricismo latente y a su vertiente economicista vulgar.

El cruce de las tres lecturas estratigráficas y de sus complejos cartográficos hará posible la historia de la comunidad local, si bien para ello es preciso definir previamente los límites de la unidad de trabajo. Los estudios sobre comunidades campesinas tradicionales (JULIANO, M.D., 1986) o arqueológicas coinciden en que la visibilidad es un condicionante básico de identidad de una comunidad local; al mismo tiempo, el uso de una fuente hídrica común ha llevado a algunos autores de la antigüedad a definir unidades sociales: Torelli lo ha hecho para referirse a la comunidad pagano-vicana prerromana en Italia (TORELLI, 1988) y Ruiz Zapatero y Fernández (RUIZ, FERNÁNDEZ, 1984) para las sociedades de los Campos de Urnas. Estas circunstancias y la necesidad de buscar fórmulas de aplicabili-

dad real nos llevan a proponer las cuencas de ríos afluentes y subafluentes como el espacio más pragmático de los posibles, dado que su definición geográfica nunca se superpone con otras unidades y es fácil de definir. Tengase en cuenta que en ningún caso se pretende hacer una definición política de las sociedades que en estos territorios habitan.

### **Los estudios macrosociales y los procesos de tiempo corto: los territorios políticos**

Los estudios arqueológicos sobre fronteras han tenido en los últimos años un cierto desarrollo. La posibilidad de articular las unidades de territorios locales sobre la base de una escala superior cualitativamente distinta, como es la variable política, es hoy un hecho en la investigación de las sociedades antiguas en las que están ausentes incluso las fuentes escritas.

Esta realidad no oculta la dificultad que tiene para el investigador mantener los límites definidos más allá de la etapa histórica en la que la frontera fue efectiva. La posibilidad de trabajar en escalas superiores a territorios locales limita la investigación del caso en el tiempo, pero la introducción del factor de análisis macrosocial es una información a la que el investigador no debe renunciar. No debe de excluirse que en más de una ocasión la identidad de un territorio local y político sea la misma o incluso para el segundo caso sea inferior.

Para la época ibérica, el trabajo sobre el Camp del Turia ha hecho coincidir el poder político de S. Miquel de Llíria con la cuenca alta y media del río Turia. Por el contrario, en Andalucía la frontera reconocida en el siglo VI a.C. aún varias cuencas diferentes de afluentes del Guadalquivir (Salado de Porcuna, Salado de los Villares y Guadalbullón). En todo caso, la articulación de las estratigrafías de los diferentes territorios no es diferente en estas unidades a las planteadas para los territorios locales, es sólo el límite el que se define por una variable diferente.

### **Investigar para proteger, proteger para conocer.**

#### **Segunda aproximación a la Catalogación.**



El proceso de apropiación concreto sólo es real cuando interviene junto a la investigación la labor de protección. Este grupo de procesos de trabajo sin embargo debe atender, como ya se ha señalado, a la cualificación dada al bien arqueológico en la función de interpretación tanto en su contextualización histórico-temporal como histórico-funcional. Por ello ha de considerarse, cuando se valora como proteger un determinado asentamiento, la forma de apropiación en la que se realiza la labor, en nuestro caso la catalogación, que no exige instrumentos de intervención que modifiquen la estructura de cada uno de los bienes arqueológicos estudiados y, de otra parte, la dialéctica presente-pasado, que contextualiza la unidad arqueológica no sólo en el momento histórico interpretado, sino en su situación presente, es decir en el ámbito en que se integra en la actualidad.

En este doble nivel de análisis (ver fig. 2), las funciones identificación-caracterización ya desarrolladas en la labor investigadora tienen su referente instrumental de protección en la catalogación genérica, la servidumbre arqueológica y la catalogación específica, que se proponen en el Reglamento de Protección y Fomento del Patrimonio Histórico de Andalucía (BOJA NUM.43, 1995). Nos ha parecido oportuno, aunque tal vez todavía es pronto, hacer estas reflexiones sobre los instrumentos de Protección que están vigentes en Andalucía desde julio del año 1991 y que han sido desarrollados en un Reglamento aparecido en marzo de 1995. No debe entenderse nuestro comentario o referencias al texto legal como interpretación casuística al modo de los textos jurídicos, sino más bien la necesaria reflexión desde la disciplina arqueológica. Las decisiones sobre el Patrimonio Arqueológico se toman diariamente y no es válido interrogar la opinión del experto para cada caso o para según que caso; más bien lo válido es ir creando opinión mediante productos científicos. Es decir, se hace necesario producir teoría sobre la definición de los lugares arqueológicos, porque ahí reside la posibilidad real de protección en el verdadero conocimiento.

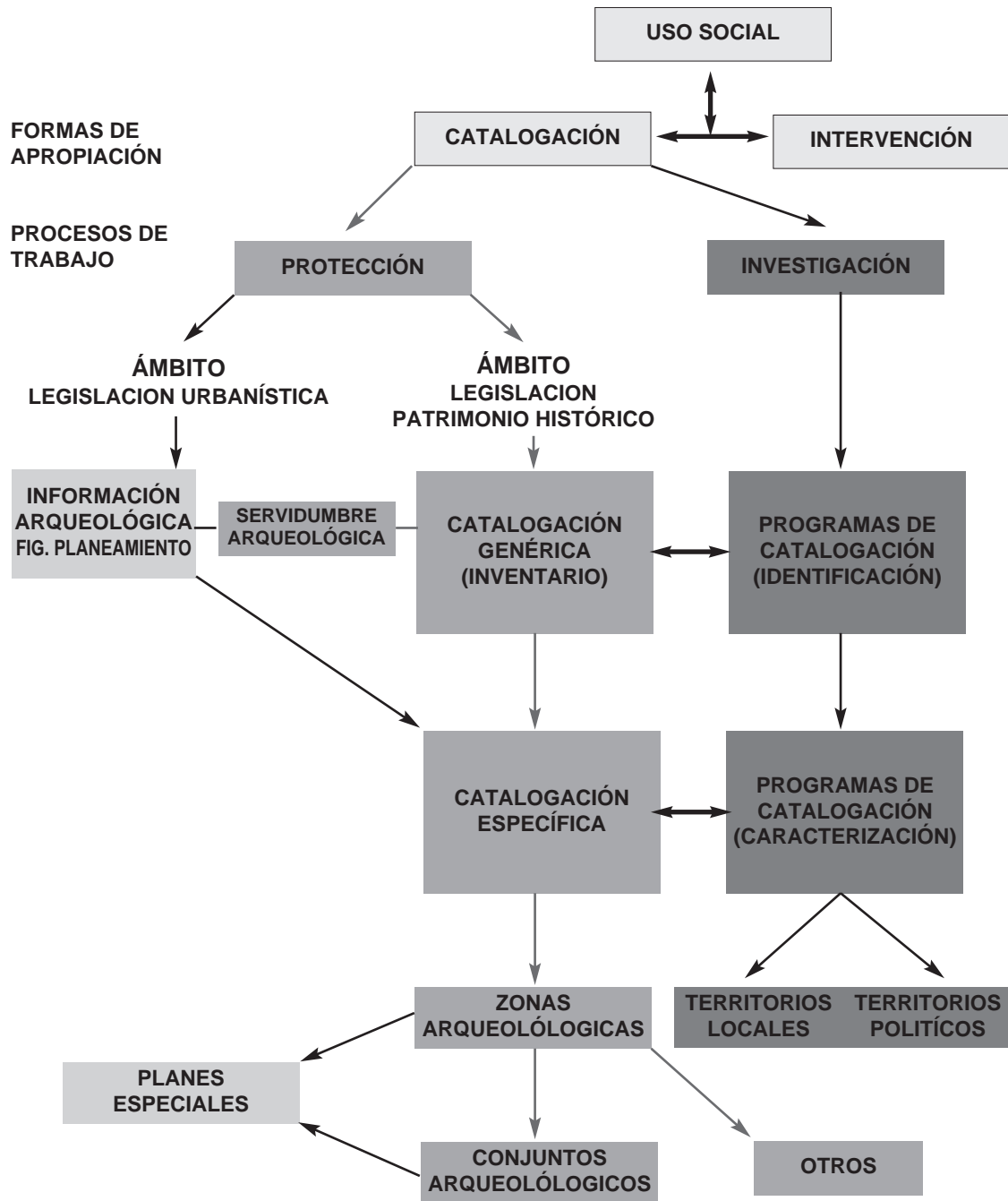
*La catalogación genérica* se puede interpretar como una contabilidad del patrimonio arqueológico bajo la forma de los inventarios. Precisamen-

te en su facilidad de elaboración está también su debilidad como instrumento de protección. El inventario no evalúa, sólo consigna la existencia de bienes aislados de su contexto, porque de intentar una evaluación en su nivel produciría un efecto perverso en los valores que definirían los diversos elementos enumerados. Sin embargo, su existencia contiene en sí el cumplimiento de una función necesaria en el proceso de apropiación: la identificación, la posibilidad de continuar el proceso de trabajo desde una base de información convenientemente sistematizada y también la de derivar con relativa rapidez información para la protección en situaciones de emergencia y alarma patrimonial.

En este último nivel, y con unas características más ajustadas al ámbito urbano, dentro de las tipologías reconocidas la servidumbre arqueológica, presentada en la Ley Del Patrimonio Histórico de Andalucía y recientemente desarrollada en el título V del Reglamento de Protección y Fomento, podría constituir un instrumento en cierto modo similar a la catalogación genérica para un uso de emergencia. En su planteamiento no existe la caracterización, es decir la articulación contextualizada de los bienes arqueológicos en unidades superiores, pero sí la posibilidad de desarrollar una estrategia preventiva que asegura el tiempo necesario para desarrollar una catalogación específica del área de servidumbre y, en particular, la recuperación de la información contenida en el conjunto de bienes afectados a través de una forma de apropiación de intervención.

*La catalogación específica* se relaciona de forma directa con la función de interpretación o caracterización. Conlleva por ello la valoración del contexto histórico y por lo tanto define el tipo de unidad arqueológica seleccionada. Es especialmente interesante definir lo que se puede entender como Zona Arqueológica, o al menos cuales son sus características fundamentales.

- En primer lugar, su fuerte grado de variabilidad, porque son muy variadas las realidades que pueden denominarse o catalogarse como zonas arqueológicas. Esto último en directa relación con nuestra capacidad de caracterización de estos elementos.



- Su carácter múltiple, ya que se trata de realidades complejas, susceptibles de ser divididas en elementos más simples.

- Su directa relación con el medio físico, que a la vez transforman y es transformado por las zonas arqueológicas.

Es notable la semejanza con otro tipo de patrimonio histórico, los conjuntos históricos, aunque la experiencia sobre estos últimos ha sido mucho más abundante tanto en lo que se refiere a conocimiento y definición como a intervención. No se puede separar el concepto Conjunto Histórico del de Planeamiento Urbano y, en general, de la Ordenación del Territorio: el Programa de Centros Históricos de las Consejerías de Cultura y de Obras Públicas y Transportes de la Junta de Andalucía puede muy bien ilustrar lo que aquí decimos.

Las estrategias de intervención en los centros históricos han dado al proceso de documentación-catalogación un carácter más pragmático, que sólo se ha logrado en las zonas arqueológicas que por su condición de Conjunto Arqueológico han podido esbozar o desarrollar plenamente un Programa de Uso y Gestión. No obstante, es urgente elaborar una tipología de zonas arqueológicas y aquí avanzamos una propuesta que se basa en los siguientes parámetros:

*El tipo de unidad de trabajo.* Puede tratarse de un territorio local o un territorio político, cuestión que ya ha sido objeto de valoración anteriormente.

*Carácter de los elementos o sitios arqueológicos en ella contenidos.* Con ello no nos referimos sólo al grado de conservación de las estructuras identificadas, sino a la estructura histórica del territorio y a la tradición que determinados elementos han podido tener en su desarrollo reciente. De este modo, es posible definir zonas arqueológicas con proceso de ocupación vertical, caracterizadas porque se ha nuclearizado siempre, o al menos durante una larga etapa desde un mismo asentamiento, el desarrollo de un territorio, y también zonas arqueológicas con proceso de ocupación horizontal, donde, por el contrario, la ocupación ha variado de una fase histórica a otra. En el primer caso es frecuente

encontrar los grandes asentamientos arqueológicos conocidos: Cástulo, Porcuna, Carmona, Sevilla, Cádiz...etc. Este hecho tiene gran importancia cuando se trata de buscar diferentes instrumentos de protección en la zona.

*Ámbito en el que se inscribe la zona arqueológica en el presente.* La referencia tipológica se hace aquí en función del carácter urbano o rural, pero no sólo por una cuestión exclusivamente de localización, sino porque dependiendo del ámbito en el que se ubica la zona habrá que articular los instrumentos idóneos de protección, de acuerdo con los diseñados para cada ámbito (ciudades, espacios naturales protegidos, etc.).

*El estado y calidad de la información arqueológica y el grado de conservación de los restos materiales.* Esto debe calibrarse en diferentes niveles a partir del cruce de las distintas estratigrafías territoriales, que configuran la estratigrafía integral del paisaje, y del análisis de los restos conservados a partir de la cartas de riesgo.

*La situación de la propiedad de la tierra donde se ubican los elementos valorados,* que sin duda puede determinar la viabilidad de estrategias concretas de apropiación.

En los últimos años se ha construido el concepto de parque arqueológico o parque cultural según alguna reciente experiencia en marcha (BURILLO Y OTROS, 1994) que en la Ley del Patrimonio Histórico de Andalucía toma la forma de los Conjuntos Arqueológicos, es decir instituciones que pueden tener competencias en materia de administración, y que por ello pueden proponer y ejecutar programas de actuación en materia de conservación, restauración o investigación, así como proponer actividades en materia de difusión. En ausencia de una figura patrimonial como son los Conjuntos Arqueológicos, los Planes Especiales de Protección al igual que la Servidumbre Arqueológica tienen la posibilidad de adecuar la protección arqueológica a las especiales características e instrumentos que la ciudad genera en su entorno.

Los planes especiales responden a la capacidad que tiene la Administración de racionalizar las medidas tendentes a preservar valores cultu-

rales y/o ambientales, a facilitar su aprovechamiento colectivo y a armonizar los intereses públicos de protección con las iniciativas privadas o públicas sobre los demás recursos del área afectada. En todo caso los Conjuntos Arqueológicos con sus Programas de Uso y Gestión y/o los Planes Especiales, decididos desde otros ámbitos por la ausencia de la estructura administrativa patrimonial, no deben olvidar su inserción en las nuevas unidades de trabajo arqueológico-zonas arqueológicas, cuando su definición física tradicional es inferior al territorio local que caracterizara al conjunto de la zona arqueológica.

Según el tipo de zona arqueológica definido, la posibilidad de hacer real el conjunto arqueológico tendría una estrategia de actuación diferente. En el PEP de Castulo (CASTRO, 1994), por ejemplo, el que podría ser el Conjunto Arqueológico es el núcleo de la zona, que genera todo un sistema de protección. Sin duda, el papel histórico centralizando su entorno hasta su reciente abandono, propician que se produzca una identificación entre el Conjunto y el modelo de zona. Por el contrario, en el Parque Cultural de Molinos en Teruel (BURILLO Y OTROS, 1994), aunque la figura no es factible por no existir administrativamente, sería imposible de aplicar con las mismas características por tratarse de un ámbito rural con los elementos de la zona horizontalizados por fases: el asentamiento del Hierro I o el asentamiento eneolítico de la Cueva de Cristal sólo propiciarían una lectura del paisaje para una etapa. El modelo, por tanto, debería de buscar otros instrumentos para la protección, como así se pretende con el

modelo de patronato creado para el Parque Cultural.

La diversidad de actuaciones es, como puede entreverse, muy variada pero en todo caso proponemos como objetivos irrenunciables en el proceso de apropiación:

- Que la fase funcional de identificación-interpretación sea siempre asegurada y cumplida completamente en la unidad arqueológica territorial-zona arqueológica.
- Que las estrategias de protección hagan primar siempre las variables históricas y contextuales a la hora de fijar lo que debe protegerse. Las estrategias ultraconservacionistas, cuando se defienden los planteamientos que hemos propuesto, sólo potencian situaciones de conflicto donde el patrimonio arqueológico lleva la peor parte.
- Que la forma de apropiación de catalogación sólo se hace efectiva en su articulación con la forma de apropiación de la intervención y en su "circulación", es decir cuando somos capaces de interesar a las mujeres y hombres que forman la sociedad para la que estamos trabajando en la definición de un pasado común.

En definitiva, la presencia casi continua del Patrimonio Arqueológico en el Territorio actual exige no sólo instrumentos rigurosos de control y observación, también la adopción de criterios de valor que se concretan siempre a través de la interpretación y definición de una realidad patrimonial.

## BIBLIOGRAFÍA

(BURILLO, F., IBAÑEZ, E.J., POLO, C., 1994): “El Patrimonio Arqueológico en el medio rural”. **Conservación Arqueológica. Cuadernos del IAPH III**. Sevilla.

(CRIADO, F. Y GONZALEZ, M., 1994): “La puesta en valor del Patrimonio Arqueológico desde la perspectiva de la Arqueología del Paisaje”. **Conservación Arqueológica. Cuadernos del IAPH III**. Sevilla.

(GODELIER, 1990): **Lo ideal y lo material**. Ed. Taurus. Madrid.

(HIMELMANN, 1981): **Utopia del Passato**. Ed. De Donato. Bari.

(JULIANO, M.D., 1986 -reedición 1992-): “Cultura Popular”. **Cuadernos de Antropología, nº 6**. Ed. Anthropos. Barna.

(LEONARDI, G., 1992): “Assunzione e analisi dei dati territoriali in funzione della valutazione della diacronia e della modalità de popolamento”. En **M. Bernardi: Archaeologia del Paesaggio**. Ed. All'Insegna Giglio, Firenze.

(RUIZ, 1988): “Ciudad y Territorio en el Poblamiento ibero del Alto Guadalquivir”. En **Los Asentamientos ibéricos ante la Romanización**. Ministerio de Cultura. Casa de Velázquez. Madrid.

(RUIZ, MOLINOS, HORNOS, 1986) **Arqueología en Jaén**. Diputación Provincial de Jaén. Jaén.

(RUIZ ZAPATERO, G. Y FERNANDEZ, V., 1984): “Patrones de asentamiento en el Bajo Aragón protohistórico”. **Arqueología Espacial, nº 4**. Diputacion General de Aragón. Teruel.

(SCHUBART, H., SCHULZ, H., ARTEAGA, O., HOFFMAN, G., 1989): “Investigaciones geológicas y arqueológicas sobre la relación costera de los asentamientos fenicios en la Andalucía Mediterránea” en **Boletín Asociación de Arqueología, nº 27**. Madrid

(TORELLI, M., 1988) **Le popolazioni dell'Italia antica: Società e forme de potere. Storia di Roma**. Vol I. Ed. Einaudi. Torino

(VALLAT, J. P., 1992): “Cadastre, fiscalité, et paysage: exemples en Italie et au Proche Orient dans l'Antiquité”. En **M. Bernardi: Archaeologia del Paesaggio**. Ed. All'Insegna Giglio, Firenze

Textos legales:

BOJA NUM. 43, 1995: Decreto 19/1995, de 7 de febrero, por que se aprueba el Reglamento de Protección y Fomento del Patrimonio Histórico de Andalucía (17 de marzo de 1995).